



AMANECE EN





ISLANDISTÁN

Islandia ya no existe. Al menos, tal y como la describían las guías de viaje en 2008. En octubre, sus bancos quebraron y una deuda descomunal le hipotecó con el FMI. En enero, una revolución a sartenazos sacudió el país y tumbó al Gobierno. En abril, se instauró un nuevo orden y la izquierda llegó al poder por primera vez en la historia. Hoy Islandia trata de reinventarse.

TEXTO Y FOTOGRAFÍA *Daniel Burgui Iguzkiza [Com 07]*

DEBERÍAN RETIRAR TODAS LAS GUÍAS de viaje sobre Islandia. O cambiarle el nombre al país. En las primeras líneas de cualquier guía publicada en 2008 se advierte que uno va a emprender un viaje al país más caro del mundo, la economía más pujante del planeta y de mayor bienestar. A continuación añaden consejillos para pordioseros acerca de cómo sobrevivir en este país para ricos. Nunca fue tan deprimente leer la primera página de una guía de un año para otro. La economía islandesa respira ahora a trompicones, como un enfermo terminal. Y el país que describen, simplemente ya no existe.

La crisis del año 2009 forma parte de la historia de Islandia. Una fecha tan relevante como la llegada del primer colono vikingo a la isla o su independencia de Dinamarca en 1944.

En octubre la pequeña república ártica sufrió el terremoto más desastroso de su historia: los tres bancos principales se declararon en bancarrota y fueron nacionalizados, la bolsa de Reikiavik suspendió su actividad cuando dibujó el diagrama de un seísmo y se hundió más del 70%, la corona islandesa perdió más de la mitad de su valor y muchas naciones dejaron de cambiarla. Aún hoy, el Banco Central Europeo no actualiza el cambio con la corona islandesa desde diciembre de 2008. Todo ocurrió en apenas una semana.

Islandia es desde entonces un pozo sin fondo con una deuda nueve veces mayor que su Producto Interior Bruto y ha quedado a merced del Fondo Monetario Internacional. Es el primer país occidental en recibir un préstamo del FMI desde 1976. Sobre el papel, su economía se parece más a la de los estados atravesados por el Ecuador o el Trópico que los del círculo polar ártico. La periodista islandesa **Iris Erlingsdottir** bautizó a su país como el “Zimbabue nórdico” en la prensa norteamericana, y el semanario islandés *Grapevine* renombró al país como “Islandistán” en octubre. Acertaron de pleno porque en unos meses, de octubre a abril, Islandia ha vivido una metamorfosis digna de una oscura y remota república satélite de la URSS: crisis, corrupción, hundimiento económico, revolución social, disturbios y nuevo orden con un giro a la izquierda tras sesenta años de gobiernos conservadores.

ISLANDIA ES EL PRIMER PAÍS OCCIDENTAL EN RECIBIR UN PRÉSTAMO DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL DESDE 1976

El Gobierno de Islandia tiene el dudoso honor de haber sido el primero en ser tumbado por la crisis mundial. Tras dieciséis semanas de protestas, el gobierno conservador dimitió y la socialdemócrata **Jóhanna Sigurðardóttir**, de 63 años, cogió las riendas y formó un ejecutivo de transición entre su partido y los Verdes: el primer gobierno de izquierdas en la historia de Islandia. Y mientras la nación se iba al garete, a la prensa internacional sólo le interesaba contar que la nueva Primera Ministra vivía con otra mujer. Que es la primera lesbiana al mando de un país. Lo cierto es que a los islandeses les importaba más bien poco quién estuviera esperando en casa a la Primera Ministra al final de la jornada.

Sigurðardóttir aguantó el tipo de manera formidable en, según ella misma, “la época más difícil que ningún primer ministro había tenido que sobrellevar”. Hasta las elecciones del 25 de abril se hizo cargo con cierto éxito de un país destartado. Tras estos comicios, su partido y los Verdes han protagonizado el mayor giro político de la historia del país: los socialdemócratas de **Jóhanna Sigurðardóttir** fueron el partido más votado, y los Verdes casi duplicaron sus votos. La crisis no sólo zarandeaba a la economía sino que también ponía patas arriba a las fuerza políticas del país.

CÓMO SE VA UN PAÍS AL GARETE. En lo económico, se puede decir que Islandia ha muerto de éxito. Mientras en 2008 Reikiavik, su capital, era la quinta ciudad más cara del mundo, hoy ocupa el puesto número 67 en la misma lista. Islandia forjó su propia leyenda económica. A principios de siglo era una triste e inhóspita isla del Atlántico Norte, colgada del círculo polar, habitada por un puñado de pescadores testarudos (no más de 70.000) que hicieron literalmente del bacalao su bandera: desde el siglo XVII y hasta 1904 el dibujo de un filete de bacalao fue la enseña oficial del país. Vivir en Islandia era y es una cuestión de resistencia. Posiblemente es el lugar menos adecuado para llamar hogar.

Geológicamente es el trozo de tierra más joven del planeta, al brotar de las entrañas ardientes que separan Europa de América. Agitada por más de doscientos



—*Furia ciudadana.* En Reykjavik no se recordaba algo así desde las manifestaciones anti-OTAN de 1949.



—*Negocio de eslóganes.* Camisetas con leyendas como “Brown es el color de la caca” han disparado su popularidad.

tos volcanes, de los que treinta están activos, Islandia es una isla donde no crecen árboles y donde unas enormes manchas blancas, los mayores glaciares de Europa, salpican el mapa. Los granjeros ancianos cuentan que rara vez los nabos y patatas que sembraban crecían sanos: cuando no aparecían congelados, brotaban ya cocidos debido a las calenturas de esta tostada tierra volcánica. Hasta los astronautas de la Nasa ensayaron aquí sus paseos espaciales por la similitud de sus tierras con la superficie lunar.

Pero para el asombro de otras naciones, en menos de sesenta años, desde la independencia de Dinamarca en 1944, Islandia pasó de ser la nación más pobre de Europa a ser en 2008 el lugar donde Mercedes-Benz se jactaba de haber vendido más coches de lujo por habitante, donde el índice de desarrollo humano era casi extraterrestre y donde los recién licenciados no querían hacer prácticas ‘mileuristas’ en Europa porque en su país ganaban 6.000 euros al mes. La agresiva liberalización del mercado, las inversiones de alto riesgo, la privatización masiva, una inflación que crecía cada año a un ritmo trepidante (un 14% en 2008) fueron algunos de los ingredientes que lanzaron al éxito a esta nación pedregosa y vikinga para luego hundirla en las profundidades.

A finales de 2008, la Banca movía unos activos diez veces mayores que el Producto Interior Bruto del país, lo cual convertía a Islandia y a sus 320.000 habitantes (tantos como La Rioja) en un mero apéndice, un compañero de viaje de las aventuras de los banqueros que desde el año 2000 disfrutaban de la desregulación total del sector financiero. Ahí comenzaron la gloria y el colapso. Durante décadas, Islandia no había sido capaz de controlar la inflación. Se calculaba que los precios habían crecido 400 veces por encima de los de su antigua metrópoli, Dinamarca, desde 1944. Los precios subían a tal ritmo, que en los años ochenta Islandia quitó dos ceros a todos los precios y relanzaron nueva coronas. En este contexto, el Banco Central puso en juego la peligrosa política monetaria de subir los tipos de interés para poder estimular el ahorro y controlar la inflación.

Esto, sin embargo, atrajo a inversores extranjeros seducidos por unas suculentas cuentas que ofrecían unos elevadísimos intereses y

espantó a los islandeses, que huyeron a endeudarse en divisas más débiles en aquel momento, como el euro, el yen o los francos suizos. Con la entrada y salida de capital extranjero, los bancos islandeses fabricaban literalmente dinero con sus continuas compras de deudas, créditos y propiedades europeas. El mundo idolatró la corona islandesa y esta se disparó. En 2007, *The Economist* aseguraba que la islandesa era la divisa más sobrevalorada del mundo.

El dinero empezó entonces a correr a raudales y los islandeses conducían los mejores coches, compraban en París, cenaban en Viena, paseaban por Nueva York y se jubilaban en la costa española. El dinero brotaba de la nada como los géiseres. Pero esa burbuja pinchó. Aumentó la desconfianza entre entidades bancarias y se redujo el flujo de dinero.

El efecto fue el mismo que si desenchufamos un frigorífico y se echa toda la comida a perder. Cuando la crisis crediticia mundial frenó a los inversores, dejó de fluir dinero a los bancos islandeses que se habían expandido por todo el mundo. Y estos se quedaron sólo con las deudas. La corona se hundió y los islandeses vieron horrorizados cómo sus hipotecas en divisas extranjeras se duplicaban, y sus salarios y pensiones se reducían a la mitad en la misma proporción en apenas unos días. Un colapso inmediato causado por la desesperación de los inversores extranjeros de ponerse a salvo y por la incapacidad de los bancos de hacer frente a todas las deudas. El hecho de que Islandia sea una isla agravó la situación: la importación resulta esencial. Y ahora todo es más caro.

REVOLUCIÓN DE LA SARTÉN. Dicen que los islandeses estuvieron cortos de reflejos, que no supieron reaccionar antes porque simplemente no sabían cómo. “Parece increíble pero los islandeses no se acordaban de cómo manifestarse, hemos tenido que enseñarles de nuevo a salir a la calle y protestar”, dice orgulloso

Hörður Torfasson, artista, poeta, activista gay y cabecilla del movimiento ciudadano que organizó las primeras manifestaciones.

El primer fin de semana de octubre de 2008, **Hörður Torfasson** se plantó frente al Parlamento con una cacerola y cincuenta amigos. Los paseantes estaban perplejos. No sabían qué hacían estos chalados.

LA CRISIS MUNDIAL FRENÓ A LOS INVERSORES Y LOS BANCOS ISLANDESES SE QUEDARON ÚNICAMENTE CON LAS DEUDAS



—*Ciudad fantasma.* La falta de dinero y demanda ha paralizado numerosas obras en la capital.



—*Giro a la izquierda.* Tras semanas de protestas, el gobierno conservador dimitió y la socialdemocracia accedió al poder.

Conforme pasaban las semanas y llegaban las facturas, más gente acudía a las protestas convocadas los sábados frente al Parlamento. El sábado 24 de enero, esa misma plaza de Austurvöllur reventaba con 7.000 personas al grito de “Vanhaef Ríkisjórn!” (“¡Gobierno incompetente!”). **Arnýr Guðmundsdóttir** era una de esas voces chillonas. Había ido con sus niños, su marido y sus hermanas. “¡No podemos esperar más, los queremos fuera ya!”; aseguraba esta islandesa cuya hipoteca ha crecido en tres millones de coronas desde octubre. Horas más tarde, dimitía el ministro de Comercio y admitía responsabilidades. Y un día más tarde, el lunes, el Gobierno dimitía en pleno.

Pese a que los sartenazos pacíficos tienen el mérito de haber desalojado al Gobierno, los desórdenes y disturbios también han marcado estos meses. El 10 de noviembre de 2008 fue la fecha clave que precipitó el resto de acontecimientos. Aquel día un joven anarquista trepó al tejado del *Alþingi* (Parlamento) y sustituyó la bandera nacional por la enseña del supermercado Bonus (el *eroski* islandés): un trapo amarillo

con un cerdo-hucha sonriente presidía la fachada del Parlamento más antiguo del mundo. La imagen noqueó a los islandeses. “Los políticos nos decían que no ocurría nada, que no era hora de buscar responsables”, cuenta indignado **Hörður**. Era el síntoma de que lo que ocurriría entre el 20 y el 22 de enero, cuando se produjeron los primeros disturbios.

Más de 2.000 personas lanzaron pintura al parlamento y rompieron ventanales. La imagen es insólita: la Policía, nerviosa, no sabe cómo gestionar la situación; en sesenta años no habían tenido ninguna carga policial. De la multitud disuadida mediante gas lacrimógeno, veinte personas son arrestadas y otras veinte resultan heridas leves.

En Reikiavik no se recordaba algo así desde las manifestaciones anti-OTAN de 1949. Para una nación sin ejército y extremadamente pacífica como esta, fue un shock. Al día siguiente, los manifestantes regalaron flores a la Policía en señal de paz. **Grétar Eiríksson**, de 39 años, acabó herido en los disturbios y al día siguiente fue con sus hijas a entregar flores a los agentes. “Ellos no tienen la culpa, fue todo un error”, dice.

Grétar Eiríksson me contaba esto el pasado 26 de enero frente al Parlamento islandés. Con una enorme sonrisa, me gritaba en un atragantado español “¡Viva la revolución!” y me ofrecía un crespón naranja, símbolo de las protestas pacíficas. Aporreaba una cacerola y estaba feliz. “Vengo a celebrar que el Gobierno ha caído”, aseguraba. No importaba que estuviera lloviznando. El Gobierno de Islandia se convertía ese mismo día en el primero en ser tumbado por la crisis, y **Grétar** llevaba más de 16 semanas acudiendo a las manifestaciones. “Ahora tengo mucho tiempo libre”, dice irónico. Su jornada laboral se había reducido a cuatro horas y vivía con su madre, una jubilada que había perdido su pensión, y sus dos hijas de once y quince años. Ese día se colmó el triunfo de la persistencia y de lo que los islandeses han llamado “la revolución de la sartén”.

RECONSTRUCCIÓN Y REINVENCIÓN. Las elecciones del 25 de abril han confirmado que los islandeses querían otras formas de hacer política. Los Verdes, una izquierda tradicional de clases y antieuropeísta, que nunca habían tocado el poder, se han convertido en las únicas manos inocentes de todo el tinglado político islandés y han sido uno de los agentes protago-

Un volcán de corrupción

La jueza franco-noruega **Eva Joly** ha sido nombrada jefa de la comisión de investigación que tratará de desmenuzar las relaciones entre inversores, banqueros, políticos, empresarios y su implicación en la crisis que ha hundido a un país bajo sospecha de ser un nido de corrupción.

Según la revista *Forbes*, **Björgólfur Guðmundsson** era en marzo de 2008 el segundo hombre más rico de Islandia tras su hijo. Juntos poseían el grupo Samson y el fracasado Landsbanki. A su vez, tres sociedades suyas eran las principales inversoras de la farmacéutica Actavis y la compañía telefónica

Nova. También controlaban la editorial *Árvakur*, que publica el diario *Morgunblaðið*. Entre otras extravagancias, **Guðmundsson** compró en 2007 el 90% del West Ham, equipo de fútbol de la primera división inglesa, y se autoproclamó presidente honorario vitalicio de la entidad.

Los bancos Glitnir y Kaupthing eran también entramados de otras familias. Un sinfín de empresas de todo tipo estaba bajo el paraguas y respaldo de estas familias y bancos. También controlaban el resto de periódicos que quedaban en Islandia. Al desenredar los hilos que ensamblan la economía islandesa, queda a la vista un país hecho jirones por todos los lados.



—*En caída libre.* En 2007, *The Economist* aseguraba que la islandesa era la divisa más sobrevalorada del mundo.



—*Recursos naturales.* Energía térmica, agua, aluminio y la pesca son bazas para afrontar el futuro.